

Reflexiones, *pensamientos* e historias

8 de septiembre

Soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros.

Col 3, 13

Contaré una historia que sucedió por allá de los años 90.

Un día un sujeto sale de su casa malhumorado y molesto con todo mundo. Pasó frente a unos niños que jugaban en la calle a las canicas y pisó el círculo donde se encontraban el resto de esferas. Cómo había llovido, la tierra estaba lodosa, por lo que las canicas se hundieron. Los pequeños solo vieron y no podían dar crédito, había arruinado el juego. El sujeto siguió como si nada.

Al llegar a su trabajo lo saludaban y no respondía; por más que le hacían conversación no continuaba las charlas. Regresó a su casa, se quejó de la comida, del ruido de sus hijos. Salió de su hogar nuevamente, molesto, maldiciendo la vida y su mala suerte. En su camino de ira se encontró a una mujer vestida de negro que lo saludó, pero al igual que a los otros, no devolvió el saludo, pero, ella replicó “¿acaso no me reconoces?”. Entonces aquel sujeto la observó y se llenó de miedo, preguntó con temor: “¿eres la muerte?” “¿qué quieres de mí?”. La muerte le respondió: “Solo vengo por lo que desde siempre me ha pertenecido... tu vida.”

“¿Pero hoy?” dijo aquel sujeto: “tengo muchas cosas que hacer aún”. La muerte enumeró todo lo que aquel hombre había hecho mal. El hombre se sintió mal y pidió a la muerte una semana, algunos días para enmendar sus actos.

La muerte aceptó.

Regresó a su casa, abrazó a sus hijos, pidió perdón a su esposa por todo lo malo. Ayudó a sus hijos con sus tareas, cenaron juntos. Un

milagro había sucedido, pues al día siguiente pasó por donde los niños juegan a las canicas y cuando estos se aprestaban a recoger sus canicas el sujeto les habló y les pidió perdón y les regaló una bolsa de canicas que él guardaba en su casa y con las que jugó en su infancia. Los niños agradecieron el gesto y lo abrazaron. Al llegar a su trabajo sus compañeros los saludaron y respondió amablemente el saludo y les pidió perdón a todos por lo irrespetuoso que había sido. A partir de ese día y hasta el séptimo de la semana se convirtió en otro hombre.

Una persona feliz es capaz de transmitir su felicidad. Llegada la noche pidió a su familia que si algo le pasaba lo recordaran como en estos últimos días. Salió a la calle, al lugar donde encontró a la muerte y ahí estaba.

“Me da gusto que cumplas tu palabra, generalmente las personas se esconden y debo buscarlas. En cambio tú, tienes la palabra. Te seguí durante la semana y vi que cambiaste. No puedo llevarte ahora que cambiaste, regresa a tu hogar y ven cada semana para contarme tus historias de bien, hasta que decidas irte conmigo”.

Aquel sujeto se fue feliz, incluso la muerte lo había perdonado, ya que era un hombre bueno.

*Ser una persona buena, humilde,
que sepa pedir perdón, puede
salvar no solo el alma, sino
también la de las personas que
nos rodean, y ser felices todos.*

